Rajastán

Patricia Passo

Rajastán, conocido como tierra de reyes en la India, se encuentra en el Noroeste de esta república limitando con Pakistán. Atravesado en la región de Banswara por el trópico de Cáncer, es un bellísimo estado en el que los antiguos palacios y fortalezas penden de desafiantes colinas, y donde los pequeños y tradicionales pueblos perdidos en el tiempo aparecen dispersos en la inmensidad del desierto del Thar.

La sabiduría popular de esta región contiene entre sus tesoros gran número de historias, epopeyas y romances que alimentan el folclore de la zona, la cual es de suma importancia en lo que al desarrollo cultural en la India se refiere. Se dice que en ningún desierto del mundo hay tanto color como en el Thar, donde los amarillos, rojos, naranjas y azafranes de los turbantes y ropajes de las distintas tribus brillan como un mar de tonos cálidos.

Impresiona enormemente este paisaje y la forma de vida de sus habitantes, rodeados de construcciones palaciegas, cuyo origen se remonta a los reinados de los Maharajaes, de los príncipes guerreros que adoraban el fasto. Los clanes rajputas empezaron a tener predominancia a comienzos de lo que consideraríamos la Edad Media occidental. A partir de los siglos IX y X, afirmaron su poder y con ello su forma de vida. Guerreros, regidos por estrictos códigos de honor similares a los de la caballería europea, sus hazañas son famosas, y, aunque los descendientes de su tribu pueden aún ser distinguidos por el color azafrán de sus turbantes en la zona de Rajastán. y los cuentos y leyendas acerca de sus hazañas se han conservado incluso en música y danza, las cosas son bien distintas hoy en día en el estado de mayores dimensiones de toda la India. Cuando la India consiguió su independencia a mediados del siglo XX, la región era conocida como Rajputana, el país de los rajputas, los “hijos de los reyes”. Orgullosos de su historia, hoy siguen siendo una de las comunidades más influyentes de la zona, aunque son una pequeña proporción de la población.

Y es que la de Rajastán es una población tribal y diversa. Distintos clanes con diferentes modos de vida pueblan su enorme superficie. Hay tribus cuyos componentes se dedican principalmente al comercio, otros a la agricultura e incluso los hay nómadas para los que el encantamiento de serpientes, la música y la danza son la forma no sólo de subsistir sino de disfrutar de la vida, de celebrarla a través del arte vivido en comunidad.

Así viven las comunidades de los gitanos de la tribu Kalbelia, que pueblan algunas zonas del desierto del Thar. En Rajastán abundan las manifestaciones folclóricas, y al ver a las mujeres kalbelia bailar, una no puede más que pensar que está en presencia de una de las raíces del movimiento de la danza.

Algunos gestos de su étnico baile, transmitidos de generación en generación durante siglos, son reconocibles en otras formas de danza y, apoyado por los propios estudios etnológicos más aceptados, no sería nada descabellado pensar que pudieron llegar a Occidente a través del nomadismo.

El Noroeste de Rajastán es seco e infértil. El desierto del Thar es el gran desierto de la India. Las tradiciones, las fiestas, los festivales y las ferias son el escenario idóneo para que sus habitantes llenen el paisaje de color y vitalidad con sus danzas. Esta forma de vida, la jovialidad del arte unido a la festividad conserva en ocasiones un vínculo con lo religioso, aún perceptible en las historias que sus canciones narran y por la raíz ritual de todos los bailes étnicos en sí.

He tenido el honor de estar allí, verlo con mis propios ojos y experimentarlo en mi cuerpo. El desierto es una hoja de papel en blanco, con infinitas posibilidades, es como el inmenso océano, desconocido. Impone muchísimo respeto. Allí entre la arena, los colores de las faldas y de los velos de las gitanas resplandecían. Hablan cantando, se mueven danzando. Allí no existía separación entre arte y vida, el arte es la propia vida.

He convivido con los gitanos kalbelia de Rajastán, aprendiendo de su arte, bailando y celebrando la vida con su danza.





Mi primer contacto con las gentes del desierto me hizo remontarme a cierto momento de mi pasado, cuando trabajaba dando clases en las escuelas públicas de los suburbios de Río de Janeiro, a las comunidades desfavorecidas. Intentaba hacerles creer que existía la posibilidad de una realidad diferente, la de recrear la realidad, la de transformar nuestro universo imaginario en real.

Para aquellos niños trabajadores y conocedores de una opresión social tan extrema, la percepción del universo paralelo del arte no era posible. No podían imaginar. Habían perdido la capacidad de soñar.

Pero en la comunidad de los gitanos de Rajastán, las condiciones de supervivencia, aunque muy parecidas, no caracterizaban una vida oprimida en este caso. La danza era su realidad. El resto es supervivencia. Fue un choque con los parámetros que yo conocía.

Imaginé que éste podía ser el origen; la danza como necesidad de expresión de la naturaleza humana. El movimiento inherente al cuerpo humano. Durante mi estancia en Puskar, estudiaba simultáneamente en un templo una de las danzas clásicas más antiguas de la India, el Odissi, bajo la tutoría del maestro Padam Cheer. Me convertí en su discípula. Mis días se dividieron entre las clases de Odissi, basadas en una compleja y sólida sistemática, llena de minucias y absolutamente precisa, por las mañanas. Y la libertad del movimiento gitano, alegre y placentero, displicente, que nacía como parte del ritual de lo cotidiano de esta comunidad, componía mis tardes.



Realidades distintas, pero una vida inmersa en la danza. Una necesidad vital de comunicación corporal, dado que el contacto se establecía básicamente por la vía del cuerpo. Durante dos meses me sobraron las palabras. De hecho, es realmente complicado intentar plasmar aquí todo aquello a través del lenguaje escrito. Lo vivido se quedó grabado en mi registro corporal. Por ello, después de mi primer viaje, necesité volver a la India de nuevo. Me costaba creer que aquello que había vivido allí era real. El regreso fue como si nunca me hubiese ido. Me acogieron en la comunidad del campamento como una integrante más. Me estimuló la idea de integración. ¿Cómo pueden reconocerme como una más si soy tan diferente? ¿Somos realmente diferentes, o los principios fundamentales de la danza trascienden barreras culturales? El arte puede ser fruto del entorno en el que se crea, pero es también un lenguaje universal.

Experimenté de nuevo el sumergirme en el universo del desierto del Thar, que me acogía como un granito de arena más. El proceso de aprendizaje de la danza clásica de la India seguía desarrollándose y me encantaba percibir la relación de entrega y devoción a una técnica. Es el sentido unificador de la danza, así como la percepción de una filosofía de vida oriental claramente diferente de la nuestra.

El sentido de comunidad que allí viví, supera con creces el concepto de familia. Los vínculos que se crean en torno a la noción de casta y de tribu, hacen que cada miembro piense continuamente en el grupo en lugar de en sí mismo o su propio bienestar. Los lazos son muy estrechos. Cuando alguien se pone enfermo, todos rezan para que se cure. Si una bailarina no puede bailar algún día, cada miembro del grupo intenta buscar una solución.

Es una gran familia, con una visión del colectivo que el hombre occidental probablemente sentiría como una invasión de su privacidad. No se sabe bien en el campamento dónde empieza una tienda y acaba la otra. Ni siquiera todo el mundo construye una tienda. Las tiendas, que no son otra cosa que unas cuantas ramas secas cubiertas de telas, se colocan dentro del entorno comunitario. Se duerme al aire libre, aprovechando la escasez de lluvias. No es de extrañar que una de las teorías acerca del factor que provocó la emigración masiva de los gitanos fuera del territorio indio, sea precisamente el hecho de que, con la llegada del Hinduismo, este pueblo se vio incapaz de asumir una serie de reglas con las que no se identificaban, que chocaban frontalmente con su concepto de libertad.

Las gitanas de la tribu danzan hasta que se casan, después se dedican a sus quehaceres de esposas y madres. La tribu Kalbelia está fuertemente ligada al animal más respetado del desierto, la serpiente. Una de sus ocupaciones es la captura de serpientes para la extracción y venta de su veneno. Los movimientos de la danza hacen frecuente alusión a ello. Las tradicionales faldas de enorme vuelo, negras o azules bordadas con vivos colores giran y se mueven sobre el cuerpo de las graciosas bailarinas al ritmo del "been", una especie de flauta de madera que tocan los músicos, los encantadores de serpientes. En ocasiones, se equilibran jarrones en la cabeza al tiempo que se baila, siempre junto a la tierra, con los pies en contacto con la madre de toda fertilidad, con una destreza asombrosa, a un ritmo marcado que encaja perfectamente con la música. Las bailarinas pueden girar a gran velocidad, dibujar figuras en el espacio y realizar movimientos vivísimos de cadera, siempre acompañado del asombroso juego de sus muñecas, que flexionan con gran dominio del gesto y la expresividad, desplegando sus dedos en forma de flor en ocasiones. Los brazos de las gitanas se abren sobre el aire, vuelven a cerrarse y realizan movimientos rotatorios, sus hombros acompañan el ritmo de la música en un baile jovial, tribal, colectivo y vibrante. Y en ocasiones, se doblan sobre sí mismas haciendo de su cuerpo una curva, un sinuoso elemento más del desierto. A veces, mientras bailan, bajan al suelo, se quedan sentadas moviendo sus manos y su torso, en actitud de confort, para en un dado momento volver a ponerse de pie y retomar su baile. Sus rítmicos movimientos se integran en frecuentes desniveles.

Las mujeres de la tribu tienen una elasticidad asombrosa. Una de las poses más típicas es aquella figura en la que, en el suelo, llevando la pierna hacia atrás, toman su pie con la mano y lo juntan con su cabeza, mientras realizan un cambré, intentando mostrar una figura circular, en la que el cuerpo no tiene fin. Esta postura la realizan todas como un juego desde niños. Todas las mujeres, incluso las ancianas, pueden mostrar esta figura. En no pocas ocasiones, las he visto bromear unas con otras, riéndose entre ellas, retándose para ver quién puede realizar mejor este paso. Es una danza alegre, viva, femenina, de actitud pícara y juguetona, de disfrute.

Cuando equilibran jarrones sobre la cabeza mientras bailan, recrean la cotidianidad de su propia vida. Ellas son quienes van a buscar el agua cada día, poniendo sobre su cabeza un pañuelo, y sobre éste un jarrón. En ocasiones equilibran más de uno cuando van a por agua. El hecho de que cada día tengan que poner un peso tan grande sobre su cabeza y caminar con él, cuidando de que el líquido no se derrame y el jarrón no se caiga, hace que todas ellas tengan una postura corporal realmente buena, rectilínea. La elegancia de su postura contrasta con el entorno y las tareas de supervivencia que realizan día a día.







Es curiosísimo ver cómo caminan con sus jarrones en la cabeza por la arena y con tacones, con babuchas de tacones. Con la destreza de sus movimientos de pie, evitan que la arena entre en sus zapatos, con el sutil golpe que dan con los pies y que desplaza la arena hacia atrás cuando avanzan. Ellas magistralmente impiden que la arena les moleste y entre en el calzado o bajo sus ropas. Se trata de esa forma de mover las piernas tan características que utilizan en su danza, realizando el movimiento con la pierna sólo desde la rodilla hacia abajo, percibiéndose la cadencia de este, sin desplazamiento ni cambio de nivel, de forma similar a como se utilizan las piernas en el baile flamenco.

No entra la arena bajo sus faldas, las múltiples faldas que cada gitana lleva una sobre otra. El nómada lleva en su propio cuerpo su armario ropero. Ese aspecto engalanado, de alguien cubierto con diversas telas, colores y alhajas, que en Occidente podría parecer recargado, es el propio de aquellos que se visten con todo lo que poseen.

Recuerdo que, en mi primera actuación con las gitanas, estuvimos esperando durante un largo rato a que el carro de camellos viniera a recogernos. Durante todo ese tiempo, en medio de aquel calor y bajo tantas capas de ropa, temí que el khol de mis ojos y mi maquillaje hubiesen desaparecido. Lamenté no tener ningún sitio donde mirarme y poder retocarme antes de actuar. Y para mi sorpresa, una de las gitanas se llevó la mano al pecho y sacó unos espejos, un botecito de khol y su maquillaje. Lo llevan todo encima. Esta es la razón por la que los tejidos de la India, algunos de sus collares y pulseras están adornados con espejitos, no es sólo un adorno, sino la cobertura de una necesidad práctica.

Otro ejemplo es la utilidad dada a los grandes pañuelos de preciosas telas. Lo que para nosotros sería un gran pedazo de seda, en el desierto es algo multifuncional. Las mujeres se cubren con ellos tanto de los efectos del sol como de la mirada de la gente cuando no les apetece ser observadas, se cubren el pelo para defenderlo de la extrema sequedad del desierto. Y además pueden utilizar las telas como bolsos para llevar todo tipo de enseres, alimentos... También para ponérselos en la cabeza bajo el jarrón al ir a buscar agua... Pueden ser trapos con uso doméstico o complementos para bailar. Son tan grandes que pueden enrollarlos alrededor del cuerpo y subirlos hasta la cabeza a modo de sari. Mi visión de la tela era hasta entonces muy estética, pero ellas me mostraron la versatilidad de un objeto, un objeto bello, que tanto las puede proteger de frío o el calor como servirles para llevar dos kilos de patatas a su campamento.

Aunque la procedencia de los distintos grupos de gitanos que pueblan los países de Occidente es aún objeto de controversia, los estudios más aceptados tanto a nivel lingüístico como genético respaldan la teoría de que los gitanos proceden de la región Noroeste de la India situada en lo que sería hoy en día la frontera de Pakistán e India.

Pueblo nómada durante siglos, se supone que tuvo que abandonar dicha región (o al menos la mayor parte de sus habitantes) alrededor del año 1000. El primer testimonio escrito de la entrada de gitanos en España está datado en el siglo XV. De siempre conocidos por su folclore, del cual muchos de sus integrantes han hecho un modo de vida durante siglos, las crónicas a través de los tiempos han recogido las características de los movimientos de las danzarinas gitanas y la música y cante que las acompañaba.

Es inevitable al observar a las graciosas bailarinas kalbelia percibir semejanzas entre sus particulares gestos con el baile flamenco. Dadas las pruebas históricas y basándome en mi propia observación empírica, la de alguien que ha decidido dedicar su vida al estudio del movimiento y a la investigación de las danzas étnicas, es posible llegar a pensar que el arte español de repercusión internacional que es el baile flamenco pueda hundir sus raíces en los vivos bailes del desierto del Thar.

Según las teorías mayoritarias, las tribus nómadas de roms llegaron a Irán y desde ahí muy posiblemente se dividieron, dirigiéndose una corriente hacia el interior de Europa y otra hacia el Norte de África, la cual podría haber llegado a España cruzando el Estrecho de Gibraltar. Sea como fuere, alcanzaron España precisamente al término de la presencia musulmana, tras ocho siglos de influencia árabe, oriental. ¿No es acaso fácil imaginar que el rico folclore de estas gentes de origen indio, al llegar a la península se pudiera haber mezclado con las formas de baile ya existentes en este suelo que a la vez debían de ser, como la propia población, una mezcla de ricas influencias fruto del mestizaje, el intercambio o la convivencia cultural durante siglos, y de ahí, de esta mezcla de influencias orientales en Occidente sobre la cultura existente, surgiera la semilla de lo que hoy conocemos como baile flamenco?

Tanto la danza folclórica del Norte de la India como el baile flamenco crean con sus pies un armónico alboroto, con claras semejanzas rítmicas. En la danza de la India el flujo de la energía oriental se retiene y desciende disolviéndose en vibraciones o en movimientos serpenteados, desnudando los pies, libres de zapatos y cubiertos por cascabeles. Pero eso es en el desierto, donde con el sonido de los cascabeles se evita el mordisco de las serpientes, en la madera de un tablao el ritmo del pie resuena con el tacón. Observar a las gitanas del desierto nos hace imaginar que estamos contemplando casi un flamenco antiguo. Es bien posible llegar a pensar que su espíritu y movimiento un día se mezcló con lo que quedaba del arte de las legendarias bailarinas gaditanas y las demás aportaciones a la danza de las distintas poblaciones que en diversas oleadas dejaron huella cultural en la Península Ibérica, pero manteniendo el alma del movimiento étnico, posiblemente de procedencia tan lejana como la gitana y gran influencia de Oriente Medio, conservando formas tan reconocibles y únicas como los brazos que dibujan hipnóticas figuras en el aire.

Es muy posible haber escuchado alguna vez que los gitanos, como pueblo, no tienen una cultura propia. Las características de la danza o la música de aquellos núcleos de población gitana dispersos por el mundo tienen notables diferencias. Por supuesto que las tienen. Pero es que uno de los mayores logros de los gitanos es la capacidad de absorber, allí donde se encuentren, los elementos que les parecen interesantes y adaptarlos de forma que encajen en aquello que ya tienen. Es la cultura del eclecticismo, de la adaptación, de la fusión. Lo experimenté con mi baile. Las gitanas de Rajastán me enseñaron a ejecutar sus movimientos, y, de repente me sorprendieron, pues tras haberme visto bailar tan sólo un poquito de danza oriental, los absorbieron e integraron perfectamente en su lenguaje. La absorción de elementos diferentes en una danza no la desvirtúa, al revés, la enriquece. Eso sí, no se puede caer en el error de intentar occidentalizar el movimiento, cayendo en mezclas incoherentes, pues se perdería la esencia. La fusión hecha con sentido no destruye la esencia, la conserva, hace más rico el vocabulario. El gitano mezcla, esa es su cultura, ésa es su extraordinaria capacidad, totalmente acorde con su pensamiento, con su forma de vida, con la libertad que dirige su manera de bailar, de celebrar la vida. El nómada se adapta instintivamente por su propia supervivencia, es un instinto más allá de las culturas, es una característica humana. En un mundo actual globalizado, en el que la información está más alcance que nunca, en la era del intercambio en la que ha aumentado notablemente la posibilidad de conocer otras culturas, no hay que temer a la mezcla, a la mezcla bien hecha y congruente que mantiene la integridad de un lenguaje.









No hay que temer a la evolución del arte, que refleja el momento vivido por el hombre, a fin de cuentas, el de hoy será diferente al del futuro, porque el arte siempre estará en constante movimiento.